

La Gran Via

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.
Núm. 37.

Madrid, 11 de Marzo de 1894.

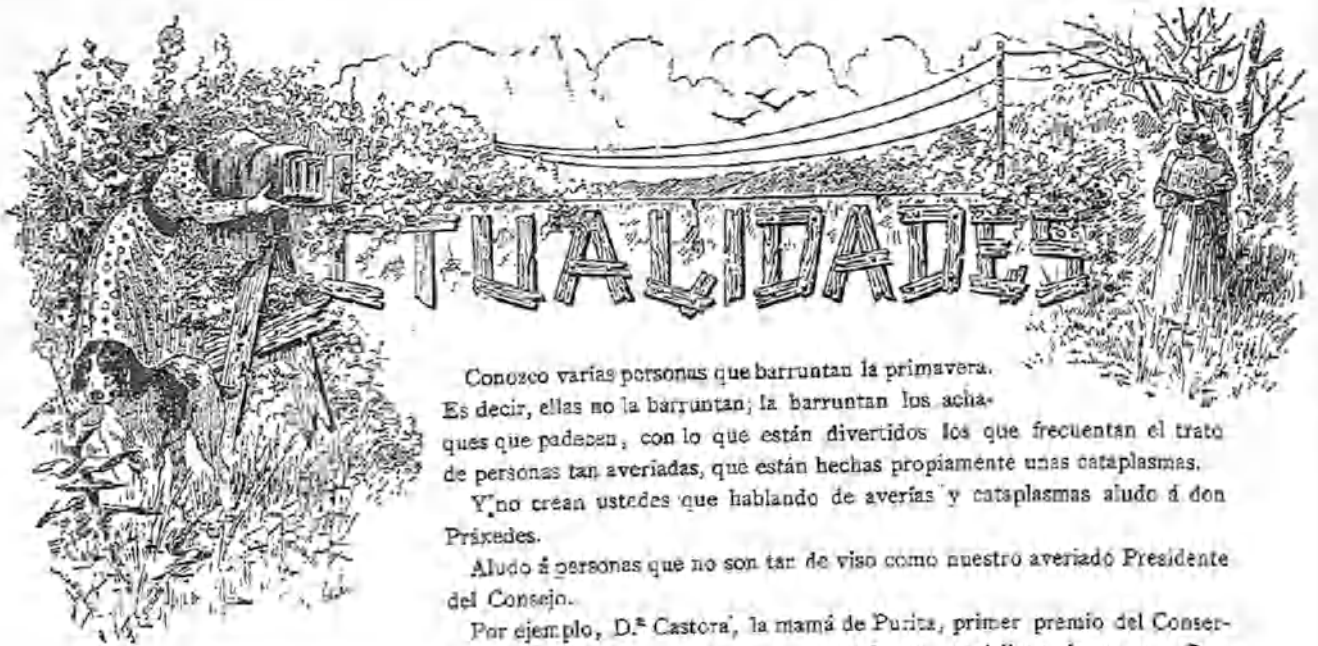
DIRECTOR:
Carlos Frontaura.

TIPOS DEL PUEBLO



PASTOR DE LA PROVINCIA DE TOLEDO

(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. M. ALCAZAR)



ACTUALIDADES

Conozco varias personas que barruntan la primavera. Es decir, ellas no la barruntan; la barruntan los achiques que padecen, con lo que están divertidos los que frecuentan el trato de personas tan averiadas, que están hechas propiamente unas cataplasmas.

Y no crean ustedes que hablando de averías y cataplasmas aludo á don Práxedes.

Aludo á personas que no son tan de viso como nuestro averiado Presidente del Consejo.

Por ejemplo, D.^a Castora, la mamá de Purita, primer premio del Conservatorio, quejábanse ayer amargamente de que está llena de granos. Para

muestra lleva uno en cada carrillo, granos rojos puntiagudos, que le sientan muy bien, y otro en la frente, que en vano procura tapárselo con los cuatro pelos que tiene.

La encontré anoche en el café de Levante, adonde va diariamente con su hija, primer premio del Conservatorio, como digo, y con un joven subalterno de Hacienda que piensa que la niña tiene millones en la garganta, y que en cuanto la ajusten en la Scala de Milán, ó en Brihuega, se casará con ella, porque más se holgará de ser *prima-donna* que de estar sujeto al capricho de Gamazo, que el mejor día le puede limpiar el comedero.

Doña Castora exclamaba anoche:

—¡Jesús! no me miran ustedes, que estoy perdida.... ¿No ven ustedes cómo tengo la cara?.... Esto es que viene la primavera. Todos los años me sucede lo mismo. El médico me dice que es exceso de salud; pero se pone una que no puede ir á ninguna parte. Tengo que refrescar mucho.

Y estaba tomándose una tostada de manteca que no se la hubiera tomado entera un mozo de caballos.

—Señora—dijo otro tertulio, D. Perfecto Nominilla, jubilado de Gracia y Justicia, que también barrunta la primavera,—¿y para refrescar toma usted café y manteca? Haga usted lo que yo; por la mañana, en ayunas, cebada; por la tarde tía, y por noche un cuartillo de zarparrilla. Y á pesar de refrescar así tengo un picor en todo el cuerpo que no me puedo lamer.

—Pues, ¿y yo?....—exclamó otro parroquiano del café, que en una mesa inmediata estaba cenando una ración de riñones saltados,—miren ustedes cómo tengo las manos. Ayer fui á ponerle á la firma al Jefe de mi Negociado unas minutas, y me dijo al verme las manos que no volviera á coger papel alguno en que él tenga que firmar. Ganas me dieron de ponerle las dos manos en la cara, que la tiene llena de barrancos de viruelas. Esto sí que es peor. Lo que yo tengo no es más que el barrunto de la primavera.

Pero el más comprometido entre estos prójimos en quienes la primavera hace estragos en la fisonomía, es el distinguido hombre público y senador del Reino D. Fulano (no puedo decir su nombre), á quien don Práxedes ha ofrecido hacerle ministro en esta próxima crisis.

Todos los días se mira al espejo, y al ver los abultados granos que le han salido sobre las cejas, en los carrillos y en las orejas, exclama:

—Señor, ¿cómo me presento yo á jurar en Palacio mi cargo?.... Esto es horroroso.

Y no come, ni duerme, y se ha tomado ya la mar de agua de Carabafia y gastado quince duros en depurativos. Y sin embargo, los hultos primaverales cada día más sonrosados y acentuados.

Ha consultado con los mejores médicos, y todos le han dicho que no haga nada más que refrescar, y que, todo lo más, se ponga en cada grano un parche de cierto unguento extendido en un pedacito de guante negro.

Oyendo esto ha sentido impulsos de ahogar al médico que le aconsejaba semejante abominación.

¿Cómo se presenta el hombre á jurar llevando cinco ó seis parches en la cara?....

Los médicos se han declarado impotentes para hacer que los granos que tiene á la vista el futuro ministro se

le trasladen á las piernas ó á la barriga, á lo que se avenía ya Su Excelencia. Desesperado, ha ido á ver á D. Práxedes y le ha preguntado:

—Diga usted, Presidente, ¿está usted dispuesto á cumplirme su palabra?.... ¿Tendré el honor de ser ministro con usted?.... ¿Me llevará usted al Gabinete?....

—¡Hombre!—le ha contestado D. Práxedes con su habitual amabilidad,—ya sabe usted lo que le estimo y cuánto aprecio sus talentos, pero haga usted porque se le quiten antes que venga Martínez Campos esos granos tan crecidos y tan asquerosos, porque, créalo usted, con esos granos no se va á ninguna parte.

Crean ustedes que es digna de lástima la situación de este distinguido fusionista, que reniega de los granos y de la primavera y está á punto de perder el poco juicio que tiene.

También son víctimas de la primavera los condes de la Florseca, que acaban de casarse, no hace más que cinco meses, y los dos están que no son conocidos. Les ha salido á la cara un humor primaveral que asusta. Ella, que no era desgraciada, ahora presenta un hocico poco estético, y él tiene en el cuello unos costurones que no le hacen ningún favor. Por la tarde salen á paseo por donde no los vea la gente, que no podría menos de asombrarse de hallar tan lacios y averiados á dos jóvenes como ellos, gala y encanto de los salones de la *high-life*.

o o

Cerca de 10.000 pesetas ha producido á la Sociedad de Escritores y Artistas el último baile de máscaras en el teatro Real. Yo me huelgo de ello, y creo que la Sociedad debiera emplear una parte de esa suma en hacer una lápida que, con permiso del casero, que se honrará mucho concediéndole, sea colocada en la casa de la calle de San Quintín, número 8, donde en 1879 murió Ayala y en 1894 Arrieta, y otra para colocarla en la casa de la plaza del Rey, núm. 6, en que se perpetúa el recuerdo de haber muerto en ella el maestro Barbieri.

Sería inútil pedir al Ayuntamiento que rindiera este tributo debido á los ilustres muertos; la Sociedad de Escritores y Artistas puede y debe consagrar tan oportuno recuerdo á los que honraron las Letras y las Artes con sus obras.

Si la mencionada Asociación no lo hace, peor para ella.

Supongo á ustedes bien enterados por la prensa diaria del asunto del testamento falso del apreciable Sr. Carranza, un sujeto que tenía una bonita fortuna.

Es mucho lo que en estos tiempos se aguza el ingenio para adquirir dinero sin trabajo.

Y también saben ustedes ya el caso del joven de la *high-life* que ha gastado y perdido el dinero propio y el ajeno, viniendo á dar en el *Eventail club*, como dice el amigo Cavia.

Pues si lo saben ustedes, nada más tengo que decir.



LA HERMANA DE LA CARIDAD



Aquel hogar, formado, bajo la conyugal bendición, por Enrique y Aurora, hubiera podido ser un paraíso. La fortuna, con cuantiosos bienes, lo protegía de los horrores de la miseria. Solo debía haber allí en las caras sonrisas. Nunca lágrimas. Y, sin embargo, al día siguiente de la boda, en pleno albor de luna de miel, las frentes de los enamorados de la víspera se arrugaban con el ceño de la más inconciliable displicencia.

Transcurrido un mes, aquel hogar, que pudo ser un cielo en una casa opulenta, pareció un infierno entre la desdichada raza de los desheredados.

¿Quién engañó á quién?

Ambos se equivocaron. Fascinado Enrique por la hermosura de Aurora, y subyugada Aurora por la posición social de Enrique, cerraron los ojos, y contrajeron matrimonio.

¿Y el amor? No palpitó en las entrañas de ninguno. No tuvo suspiros para los labios, ni sueños para las almas. En ella fué una ambición; en él un deseo.

—¿Por qué me habré casado con esta mujer?

—¿Por qué me habré unido á este hombre?

Pensaban uno y otra, cuando ya la desgracia era irremediable.

En Enrique existía, no obstante, algo que mantenía, aunque frágil y pronto á una ruptura, el lazo de unión entre ambos. Aurora, por mucho que se hiciera odiar, no lograría hacerse aborrecible por completo para un hombre. Era bellísima. Y la belleza siempre fué un poder adorablemente acatado.

Por instinto, por propio interés, por impulsos de esperanzas no destruidas del todo, Enrique se propuso dominar á su mujer, traerla á su cariño, á fuerza de afecto, ó por lo menos, de apariencias de afecto: esto es, á golpes de paciencia, de sumisión, de abnegación de sí mismo.

Pero hasta la esclavitud necesita ser acogida como tal por el tirano á quien se dedica. No todos los sacrificios son aceptados. Dios mismo recibía los de Abel y rechazaba los de Caín.

Enrique era un Caín para aquella deidad desdenosa que se llamaba Aurora.

Cada día Aurora mostraba un nuevo defecto. Complaciase en inventarlos, en desarrollarlos, en evidenciarlos á los ojos de su marido.

—¿Qué se propone?—se preguntaba éste, afligidísimo.—¿Se propone matarme de desesperación, de aburrimento, de rabia?

Aurora no parecía proponerse nada de esto. En sus perversiones parecía no tomar cuenta de que existiera Enrique. Díjérase que había nacido para aquello, y que su maldad, maldad fina, cruel, feroz, astuta, maldad de hiena con rostro de ángel, salía espontáneamente de su ser, como las frases duras de sus labios de rosa, y las miradas punzantes de sus ojos llenos de apasionados y diabólicos encantos.

Su despego hacia Enrique tomó formas colosales. Fué un rencor universal á todo.

Era soberbia, despótica, vanidosa.

Trataba á los criados como á seres ínfimos, indignos hasta de que se les dirigiera la palabra. Apenas les hablaba. Su doncella tenía que traducir en sus gestos sus pensamientos. Por la menor falta despedía al más fiel sirviente. Ni siquiera hería la roca de su corazón la caridad.

Se apartaba con asco de los pobres andrajosos. Su mano, que podía ser un manantial de oro, nunca depositó una limosna en la mano encallecida y tenebrosa que el miserable, entre sollozos de hambre y delirios de fiebre, le tendía al paso. No pertenecía á ninguna sociedad benéfica.

En cambio estaba abonada á todos los teatros; bien es verdad que á ninguno concurría. Detestaba todo placer, todo regocijo, toda fiesta. Bastaba para su orgullo que se supiera había comprado el derecho á todas estas dichas, pero que renunciaba á ellas. Siempre se veían sus palcos vacíos.

El abismo que se abría entre ella y su marido fué cada día más hondo, más terrible, más infranqueable.

Empezó primero la separación en el lecho, siguió en la mesa, pasó después á las habitaciones.

Del hogar saltó á la calle. Cada cual iba por su lado. Marido y mujer tuvieron coche para su uso particular. Sólo faltaba para la ruptura completa casas distintas, dos rincones, el uno donde Enrique devoraba á solas las amarguras y las vergüenzas de su vencimiento, y el otro donde Aurora se entregara, también sin compañía, y ya con entera libertad, á aquel sordo oleaje de una vida sin amor, de una vida sin salvación posible. Vivieron aparte.

¿Qué más daba? Sus cuerpos y sus almas estaban separadas mucho tiempo había. Si aun podían paladear alguna dedada de felicidad, separados, y no juntos, era como podrían saborearla.

¿Dudas de infidelidad? No cabían en la mente de Enrique. Caracteres como el de Aurora no se avienen á las humillaciones del vicio. Son árboles altivos, solitarios, sin flores, que sólo tienen por goce elevarse á las alturas, luchar con los huracanes. Inutilizada por un error para el amor conyugal, no había para qué pensar en otros amores de hombres. Todos le parecían peores que su marido. Pero su marido se quedaba muy por bajo del ideal soñado.

¡Oh! sí. Aurora tenía un ideal de amor. Y era este ideal tanto más alto cuanto más inferior encontraba la realidad vista.

En las soledades de su casa de «vida con esposo aun vivo», como ella decía, calificándose á sí misma, había pensado mucho. Había escarado en su conciencia; había sondado su pecho; había preguntado á las voces más íntimas de su espíritu, y había obtenido el resultado siguiente:

—No sé si soy mala, como lo parezco. Lo que sí sé es que hay en mí un fondo de amor, inmenso, inextinguible, aun no aplicado á cosa alguna. Sólo falta que el objeto amado se presente para yo entregarme á él toda entera, para que yo diga por vez primera en mi vida: *¡Soy tuya!*

Un día leyó en un diario una noticia que la conmovió en extremo.

Soltó el papel, vistióse y fué á casa de su marido.

El contento de Enrique, al verla en su presencia, fué grandísimo. Pensó que volvía arrepentida, y que la hora de la reconciliación había llegado.

Pero Aurora se limitó, siempre fría, desdenosa, indiferente, á tenderle un pliego en blanco.—Necesito aquí la firma de mi marido.

—¿Podría saberse para qué, á lo menos, bella Aurora?

—Es un permiso para.... una acción noble.

Firmó Enrique, y Aurora desapareció.

•••

España se equipaba entonces presurosamente para una guerra imprevista. En el campo de batalla se recibía de todo en abundancia. Sólo faltaban hermanas de la Caridad. Los enfermos, en los hospitales, eran curados por hombres. Pero se notaba la carencia de esas santas mujeres, cuyas manos sólo con tocar las heridas, parecen ser ya un bálsamo.

«Hacen falta hermanas de la Caridad», decían diariamente los periódicos.

Pues bien, á pocos días, los mismos periódicos trajeron la noticia que había llegado al campamento uno de estos divinos seres.

Llamábanla, por sus virtudes, un ángel descendido á la tierra.

«Es un asombro y una admiración verla—relataban los telegramas.—Nunca se vió más humildad, ni más abnegación, ni más celo. Apenas come ni duerme. Faltaron camas, y cedió la suya á un soldado herido. Ella se acuesta, cuando se acuesta, en un rincón en el suelo. Siempre está alerta á las horas en que se han de suministrar las medicinas. No la amedrenta ningún espectáculo. Cuando ve correr la sangre por la abertura que hicieron en la carne las balas, se apresura sonriente á resañarla, invocando el nombre de Dios. Reclama constantemente los servicios más humildes. Y como es tan hermosa, tan dulce, tan distinguida, sus miradas y sus palabras derraman tanto consuelo como sus manos. O es un ángel enviado por Dios, ó una mujer que ha guardado todo el amor de su vida para los desgraciados.»

Quando leyó esto Enrique, dijo:

—Es Aurora.

Y, en efecto, aquella desdenosísima esposa se había trocado en la más amante de las hermanas de la Caridad.

JOSÉ DE SILES.



Las primeras flores



La Primavera

Ya siento al despertar, por la mañana,
Gorgeando las pardas golondrinas,
De vuelta de las playas argelinas,
En el tosco dintel de mi ventana.

Brota la flor gentil, y abre lozana
Su corola de tintas peregrinas
Al beso de las auras matutinas
Y a los rayos del sol, de ópalo y grana.

Ya la oculta simiente, que dormía,
Palpita en el terrón que la aprisiona,
Siente el amor la creación entera,

Cantan las aves al nacer el día,
Y el mundo alegre con afán pregona
La vuelta de la dulce primavera.

SANTIAGO IGLESIAS.



EL CAPITÁN GENERAL DON ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS
DIGNÍSIMO EMBAJADOR EXTRAORDINARIO DE ESPAÑA CERCA DEL EMPERADOR DE MARRUECOS
(Dibujo hecho expresamente para LA GRAN VÍA por D. Enrique Estevan)

LA CORTE DE LOS FELIPES

CUADROS DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII

DOÑA JUANA COELLO



Constante adoro á quien mi amor
maltrata.]

(*Sor Juana Inés de la Cruz.*)

I.

VENTA la fama y no miente,
Si no estoy mal informado,
Que Pérez, aquel privado
Del rey Felipe el Prudente,

Dando tregua á la ambición
Que en su cerebro rugía,
A una mujer, cierto día,
Entregó su corazón.

Y como en el mundo es llano
Que el corazón vale poco,
Pérez, muy cuerdo ó muy loco,
También la entregó su mano.

Mas aunque Juana Coello
Era, al decir de la fama,
Dechado de toda dama
Desde la planta al cabello,

Pérez, á quien interesa
Más el medrar que el querer,
Esclavo se llegó á ver
De cierta astuta princesa,

Que á pesar del estrabismo
Que su vista desfigura,
Es portento en la hermosura
Y en las dobleces abismo.

Por eso aquel que, insolente,
Pequeño el mundo encontró,
Y que hasta á pensar llegó
Que el bien dura eternamente,

En la embriaguez del poder
Alguien le oyó murmurar:
«Ya no me puede estorbar
Nada..... más que mi mujer.»

II.

Pasó tiempo, y como nada
Es durable en esta vida

Pérez vió desvanecida
Su privanza ambicionada,
Y como en su suerte artera
En cierto miércoles santo
Viera un porvenir de llanto
Por término á su carrera,
Buscando alivio á su suerte
Sólo encontró en su aflicción
Por principió la prisión,
Por desenlace la muerte.



Entonces su afán profundo
Pidió alivio á sus dolores,
Y sólo halló los rencores
Del rey Felipe segundo.

Buscó una mano, y en vano
Con hondo afán la buscó.....
Pérez caído, no halló
Quien le tendiera una mano.

Ya en la obscura calle oía
La ronda que se acercaba,
Y él aun airado esperaba
Un algo que no venía.

Y en su horrible frenesí
No viendo á nadie llegar,
Con rabia llegó á gritar:
«¡Nadie se acuerda de mí!»

Peró cuando iba á ceder

Al fin á su suerte inquieta,
Vió que una puerta secreta
Le abrió al fin una mujer.

— ¡Juana! — acertó á murmurar.
— ¡Huye! — le gritó su esposa,
Que el fin de tu suerte odiosa
Yo sola debo esperar.—

Y es fama que anonadado
Y mal con su suerte á gusto,
En la iglesia de San Justo,
Logrando tomar sagrado,
Sus yerros al comprender
El antes fuerte valido,
Se vió por todos vendido,
Salvado por su mujer.

Por eso, allá en Aragón,
El alma de duelo opresa,
Hablando con Gil de Mesa
Decía en cierta ocasión:

«Al fin, de mi historia odiosa
Sólo lloro arrepentido,
No haber antes comprendido
Todo el amor de mi esposa.

Qué loco ha sido á mi ver

No llegar á sospechar,
Que hay más dicha en el hogar
Que en la cima del poder.»

Y cuando, ya perseguido,
Buscaba en suelo extranjero
Asilo, el que fué altanero,
Del rey Felipe el valido,

Es fama que, ahogado en llanto,
Murmuraba con despecho:
«¡Qué feliz me hubiera hecho!
¡Me amaba la pobre tanto!»

III.

¿Y qué recompensa el cielo
Concedió á aquella mujer,
Que una mártir llegó á ser
De su amoroso desvelo?

En una prisión oscura,
De sus hijos rodeada,
Vió su existencia cercada
De estrecheces y amargura.

Falta de fuego y de pan
En los inviernos más rudos,
De sus hijuelos desnudos
Remendando con afán

Los vestidos harapientos
Que sus carnes no cubrían,
Sus labios no balbucian
Ni sollozos, ni lamentos.

Mas ¡ay! en el corazón

De aquella infeliz mujer,
¡Qué cantidad!debió haber
De odio para la ambición!
Tal vez conturbada el alma
Por aquella lucha ruda,
Manchó alguna vez la duda

Que si hoy odios bien fundados
Siguen en su tumba fria
A aquel rey que no veía



De su martirio la palma.
Mas aquel amor profundo
Que en su pecho se arraigó,
Para triunfar le bastó
Del rey Felipe segundo.

Puesto el sol en sus Estados,
Sólo para encarecello
Citará siempre la historia
El nombre de eterna gloria
De doña Juana Coello.

ANGEL R. DE CHAVES.

CANTARES

I.

Á dos pupilas azules
Prendieron dos ojos negros,
Y hoy la libertad no quieren
Que les dan sus carceleros.

II.

Ha de salir de su iglesia
Mi virgencita del Carmen,
Y ha de pedir que te mire
Para que vuelva á mirarte.

III.

Yo no he encontrado en mis libros

Cómo es posible, morena,
Sin tu querer estar vivo.

IV.

Sacristán de mi parroquia,
Echa á vuelo las campanas,
Que está celosa mi niña,
Que es señal de enamorada.

V.

De hacerte traición venía,
Y al encontrarte he llorado
Como no lloré en mi vida.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

LOS PRIMEROS GUANTES



Tengan ustedes en cuenta que no digo: *Nuestros primeros guantes, ni los primitivos.*

—¡Ah!—exclamemos, si á ustedes les parece.—¿Quién sabe hasta dónde se remontará el invento de los guantes? ¿Cómo averiguar quién fué el primer hombre que se los calzó?

He leído en un clásico francés que un tal M. Chevreau, de quien les vino el nombre de guantes de cabritilla ó de cabritillo.

Pero éste ha de ser infundio de sabio, puesto que antes de los guantes de piel curtida los usaron los godos, vicesgodos, ostrasgodos y soplagodos, de pelleja fresca de besugo natural con lanas.

Pasemos por alto los orígenes de los guantes y los infundios de los eruditos sin asistencia.

Nadie sabe lo que es un par de guantes como quien le usa.

Así lo aseguraba un ex ministro que, pocos meses antes de llegar á serlo, se había encontrado, como quien dice, con la novedad de los guantes.

—Si yo hubiera sabido desde pequeño el aseo y la comodidad de los guantes—añadía,—no habría prescindido de ellos ni en los momentos menos «apropiados». Pero entonces no se conocía ese «artefacto».

Desde el momento en que el hombre, digámoslo así, descubrió el uso del guante, no ha vuelto á llevar las manos á la intemperie.

Una mano desnuda, en carnes, es una porquería, pensándolo bien.

En invierno, amoratada por el frío, parece un embuchado de la Rioja.

En verano, si es muy sensible á la elevación de la temperatura, se entérneca y va siempre húmeda.

Entregar á cualquier persona á quien se saluda una mano en su propia salsa, es una asquerosidad.

Cuando se tropieza con una mano de esas á la vinogreta, no se sabe qué hacer con la propia, bañada por el sudor del prójimo.

En invierno asustan las manos heladas constantemente, «que parecen de mármol de Carraca», que dijo el poeta.

Son manos de ultratumba.

El guante todo lo salva.

Una de esas manos de chico mercantil, con sabañones, cubierta por el guante, parece personal y aun de forma correcta.

Pero no se halla al alcance de todas las fortunas.

Es decir, el hombre nace, pero se hace al guante ó no se hace.

Si hubieran ustedes visto á un director general del ramo y diputado del ramo, el día que estrenó el primer par de guantes, le habrían compadecido.

Por salir de la guantería, mirándose las manos, ó los guantes, tropezó con un transeunte pacífico, que llevaba un baul mundo, sin abandonar la acera para librarse de atropellos, y el sombrero del infeliz director quedó reducido á una tortilla de luto.



—¡Animal! ¿No ve usted por dónde va? ¡Sálgase usted de la acera!
Lo que le decía el del baúl. ¡Á un director, y con guantes!
Por supuesto que todos los transeúntes daban la razón al del baúl.
—Demasiado hace—decían,— que va cargado el infeliz.

Apenas repuesto del susto y de sombrero, encontró en otra calle á una señora con su hijo, niño éste de siete á ocho años, precioso en su clase.

Moreno obscuro con vetas, como su papá, de nariz apenas perceptible.
Pero su madre le quería como auténtico, que decía el director.

—¿Me das un besito?—preguntó el funcionario al chiquitín, después de saludar á la madre.

Y, por tomar la carita al nene, le metió un dedo por un agujero de la nariz, casi hasta la mitad.

El chico gritó, y llamó «animal» al caballero.

La madre, sin poder contenerse, repitió la frase.

—¡Animal! No llores, hijo, no llores.

—Señora, perdone usted; pero con los guantes....

—Si no está usted acostumbrado, no les lleve usted.

—Ven, hijo mio, ven; te compraré dulces—añadió el de los guantes, tratando de dulcificar la situación.

Aquel mismo día ¡día terrible! derribó el servicio de café en la tertulia del Presidente del Consejo, quemó una alfombra, perdió la cartera con valores y un retrato del Ministro de Estado en traje de baño, y cayó de bruces al apearse del tranvía.

¡Cuánto sufrió hasta acostumbrarse á los guantes!

Sus subalternos, siempre dispuestos, como subalternos, á murmurar de su jefe, decían de él: —Está ahora en el período de la *enguantación*, como los niños cuando echan la dentadura.

Y aun no se ha acostumbrado del todo. Los guantes y el sombrero de copa se despegan. Este último le estaría mejor, con escarapela.

EDUARDO DE PALACIO.

NOTAS DE LA SEMANA, por Ramón Cilla



Un artista fin de siglo.



—Han dado banquetes á Vitz, á Ramos, á Balart, á Fernandez Sahw y á todos los oficiales del ejército; bueno, pues verá cómo no se les ocurre darnos uno á nosotros.

—¡Ay, no, y lo deploro!



Esto se pone feo, La cosa es crítica; Va á caer D. Mates Con su política.

